en un instante se vió trocado aquel corazon encenegado antes en los vicios, en un dócil discípulo de la escuela de Cristo; y el que antes se consideraba grande en el vicio, su humildad lo hizo despues considerarse pequeño en la virtud: el que solo atendia á los entretenimientos de la vida, ya no pensaba mas que en los preparativos de la muerte y en el fin que tendria: el que poco antes se desvelaba por los placeres del mundo, no pretendia mas que seguir el camino del cielo. Poseia algunas heredades mal adquiridas, y por su sincera conversion las restituyó á sus legítimos dueños: enriqueció con su propia hacienda á los pobres, deseando hacerse él pobre: se alejó de los deleites sensuales, observando reglas prudentes de conducta, entre las cuales fué una no permitir que hubiese en su casa ni aun mugeres que le sirviesen; convencido de que en los ataques de la sensualidad vence quien huye. Despues de haber perseverado en vida tan ejemplar y rigorosa, quiso Dios en los últimos años de este fiel siervo suyo, visitarlo como á otro Job, con la pérdida de todos sus bienes, el abandono de los hombres, y las penalidades y dolores de crueles enfermedades; pero no despegó sus labios para quejarse, y en medio de tantos males, resignado y conforme con la voluntad divina, entregó á Dios su alma adornada de merecimientos. ¡Oh poderoso Dios! cántente alabanzas los ángeles, porque así sabes mudar la condicion de los hombres y hacer de las piedras hijos de Abraham! Del Señor fué la gloria, y de Vicente el triunfo.

A esta conversion siguió otra de mas interes, y fué la de los cuatro sobrinos del mismo Bivier. Tenia Diego Carrone, primo de este, cuatro hijos, de los cuales tres eran varones y una doncella, y todos, lo mismo que el padre, inficionados de la heregía de Calvino, pues era natural que los hijos siguiesen los errores del padre; porque no son menos herederos de las costumbres que de los bienes: heredan los hijos el ser de la naturaleza, pero de la vida de los padres heredan el modo de obrar. Intentó Vicente sacar á estos miserables del error en que estaban, y para tan arduo empeño tomó por instrumento al tio, persuadiéndole á que los trajese á su casa, con el pretesto de cuidar de la educacion de los varones, y de que la doncella aprendiese el manejo de su caudal. Hízolo así; y como es tan poderoso el trato para cautivar las voluntades, en pocos dias la diligencia de Vicente

consiguió ganar los corazones como amigo, para cautivar despues el entendimiento como maestro; y fueron tan poderosas sus razones, que en breve logró que llorasen su engaño y se reconciliasen con la Iglesia. Sintieron el padre y los demas hereges una mudanza tan repentina; pero atribuyéndola á la ligereza propia de la edad, intentaron de nuevo su ruina, ya con halagos, ya con amenazas; mas la gracia divina y el zelo de Vicente triunfaron de los ataques tan eficazmente, que á pesar de la poca edad despreciaron estos jóvenes las riquezas del mundo, hollaron sus vanidades y abrazaron la cruz de Cristo. El mayor de los hermanos tomó el hábito de capuchino, y despues de haber cooperado á la conversion de muchos hereges, murió santamente. La hermana fué monja del monasterio de Santa Ursula de Leon, y al cabo de algunos años murió con el cargo de maestra de novicias. De los otros dos hermanos, el uno, á pocos meses de su conversion, salió de esta vida para gozar el eterno descanso, al tiempo que se preparaba para entrar en la congregacion del Oratorio de Francia. El último hermano quedó en el siglo, y por su caridad para con los pobres se hizo acreedor á un singular aplauso: tuvo un hijo que con la educacion y ejemplo del padre, despreciando las grandes riquezas que heredaba, determinó dejar el mundo y meterse religioso, en lo que convino su padre, con la condicion de que Vicente juzgara si era verdadera su vocacion.

Cuando se unió la Bresa al reino de Henrique IV, vivia allí un caballero principal, llamado Baltasar de Rougemont, que habia pasado en la corte la mayor parte de su vida, y se gobernaba segun las máximas inmorales del mundo. Ocupábase en los ejercicios cortesanos, y su casa era una escuela donde se estudiaban los puntos de honor: eran en él cosa muy familiar los desafios; y cuantos se creian ofendidos lo buscaban como maestro de tan bárbara ciencia. La fama que en aquella provincia habian adquirido las obras maravillosas de Vicente, despertó la curiosidad de este caballero, y con el deseo de conocer un varon tan prodigioso, vino á visitarlo. Por una parte las conversaciones familiares que habia entre los dos, y por otra los sermones que por curiosidad oia el caballero, hirieron lo íntimo de su alma, y luego acabaron de ganarle para Dios. Sintió un grande hor-

ror al considerar su estado presente, y un ingenuo arrepentimiento de su vida pasada: hizo una confesion general con Vicente, llevando aquella disposicion que puede desearse en un hombre verdaderamente penitente. Alejóse de todos los humanos pasatiempos, y entregado únicamente al cuidado del negocio de su salvacion, hizo consistir su regalo en la abstinencia y otros padecimientos, y su riqueza en la limosna y la pobreza. Vendió el lugar de Rougemont en mas de treinta mil escudos[1] que empleó, parte en limosnas, parte en obras pias. Miraba como una deuda el hacer bien, y en los pobres veia los legítimos acreedores de su hacienda: su pensamiento estaba continuamente ocupado de las cosas celestiales: la oracion era su entrenimiento, Dios su gusto y el mundo su tormento. Empleaba de ordinario tres ó cuatro horas cada dia en las alabanzas divinas: no habia enfermo á quien no visitase y sirviese con sus propias manos, y en su ausencia hacia que sus criados desempeñaran estos oficios: era el castillo de Chandie que conservaba los blasones de sus antepasados, un hospicio de religiosos y hospital de necesitados. ¡Cuánto alcanzaria del amor de Cristo quien tanto favoreció á sus retratos en la tierra! Mantenia algunos eclesiásticos para que enseñasen á los que por su pobreza no podian alcanzar instruccion; en fin, su voluntad no tenia mas norte que el alivio del desgraciado, el amor á todos sus semejantes y el mas sincero desprecio del mundo.

A pesar de que todas sus rentas las empleaba tan útilmente que solo servian para objetos de beneficencia, tenia sin embargo tan gran pesar de poseerlas, que un dia con muchas lágrimas dijo al Padre Molin de la congregacion del Oratorio: «Padre mio, ¿por qué no me dejan hacer lo que yo quiero? ¿por «qué he de ser siempre tratado como señor y he de poseer tanto «bien? El señor Vicente me ha obligado á esto; pero si me sol«tase un poco la rienda, le aseguro, Padre mio, que antes de un «mes el señor de Rougemont no poseeria un palmo de tierra; «pues me espanto de que un cristiano, considerando al Hijo de «Dios tan pobre sobre la tierra, pueda tener cosa alguna en «propiedad."

1 18.000 pesos.

Propuso un dia Vicente el ejemplo de este caballero á los de su congregacion para inspirarles el despego de las cosas terrenas, y despues de haberles referido esta conversion, prosiguió de esta manera: «Un dia que fuí á visitarlo á su casa, quiso con«tarme sus ejercicios de virtud, y entre otras cosas sobre el des«prendimiento de las terrenas, me dijo: *Estoy cierto que si no es«tuviera pegado á cosa alguna de este mundo, todo me uniera con «Dios; por eso me voy examinando, si es acaso el afecto que tengo á «tal persona, tal pariente ó amigo lo que me detiene, ó si es mi amor «propio, las riquezas, las honras, mis pasiones ó mi comodidad lo que «asi me tiene aprisionado; y si conozco que alguna de estas cosas es «lo que me separa del Sumo Bien, recurro á Dios y rompo todo por «librarme de semejante impedimento: estos son mis ejercicios.* Me di«jo entre otras cosas una que entonces me edificó grandemente, «y despues con frecuencia la he recordado, y fué: que viajan«do un dia y teniendo á Dios en el pensamiento, como tenia de «costumbre, se examinaba si desde que habia renunciado al «mundo, le quedaba alguna cosa á que tuviese apego, ó si aca«so alguna nueva afeccion se habia apoderado de su alma, y «echando una ojeada sobre sus negocios, sus parientes, su re«putacion, sus entretenimientos grandes y pequeños, despues de «mucho pensar, notó que tenia un grande afecto á su espada, y «en aquel mismo momento, como se hallase cerca de una peña, «se apeó del caballo, sacó la espada y la hizo pedazos, y volvien«do luego á montar, prosiguió su viage. Díjome tambien «que aquel acto de despego que tuvo rompiendo la espada, «le dió tan gran libertad, que en adelante no volvió á tener «afecto á cosa caduca. ¡Ah señores mios, dijo entonces Vicente pa«ra concluir su razonamiento, qué progresos hiciéramos en la vir«tud, si al ejemplo de este buen caballero, superásemos entera«mente nuestras inclinaciones! ¡Oh cuán presto nos uniéramos «con Dios, si estuviéramos despegados del mundo y nuestros co«razones no estuvieran ligados al amor de las criaturas!»

No solo fué este caballero liberal con los hombres, pues no teniendo mas que dar á ellos, se dió enteramente á Dios, negándose todo á sí mismo, por lo que quiso finalmente el Señor premiar tantas virtudes llevándolo á la gloria eterna, para lo cual lo preparó con una larga y penosa enfermedad, en la que

el esceso de los dolores no le hizo pronunciar ni una palabra de queja, ni dar señal alguna de impaciencia; y como su vida habia sido de un verdadero cristiano, murió con la tranquilidad y resignacion que Dios da á las almas justas.

A estas tan singulares conversiones, siguieron otras muchas de personas notables, entre las cuales produjo gran sensacion en Chantillon y en toda aquella provincia, la mudanza de vida de dos damas de las principales familias de Bresa. Vivian estas entregadas á una licencia escandalosa: no se podia encontrar en ellas accion ninguna de virtud, y no pocos calificaban el género de vida que tenian, de indigno de la especie humana; pero los sermones de Vicente tenian tal fuerza y eficacia, que casi no era necesario mas que oirlos una vez, para ceder á la viveza de sus razones. Por fortuna concurrieron las dos damas al primero que predicó en Chantillon, y salieron de él enteramente mudadas; yendo luego á visitarle y oyendo su suave y santa conversacion, quedaron enamoradas de la hermosura de la virtud; tal fué la eficacia de la gracia divina por el ministerio de aquella lengua, que dieron de mano á su antigua vanidad, y se dedicaron enteramente al servicio de Jesucristo y de los pobres enfermos, á tal punto, que merecieron por su fervoroso zelo ser las primeras de la compañía de la Caridad que fundó nuestro Vicente poco tiempo despues en Chantillon, compañía que ha servido de modelo á las demas que se han erigido en otras partes de Francia, y aun en paises estrangeros para beneficio de los necesitados, de lo que hablaremos mas estensamente despues.

CAPITULO VIII.

Renuncia Vicente la parroquia de Chantillon, vuelve á la casa de Gondí, en donde ejerce varias obras de caridad.

La Providencia habia destinado á Vicente para libertar las almas que gemian presas en las cadenas de la culpa: para romper los hierros que se labra el hombre con sus vicios: para ajustar la paz entre Dios y los hombres, quienes, ingratos á los

beneficios de su mano poderosa, hacen guerra á su infinita misericordia. Con este fin lo detuvo en Chantillon, donde tanto se necesitaba de su zelo y ejemplar virtud, y con el mismo dispuso que volviese á la corte para que resplandeciese allí su ardiente caridad. Parecian ya importunos los esfuerzos que hacia la esposa del general Gondí para que volviese á su casa el siervo de Dios; era fervoroso el espíritu de la señora, y anheleba llegar al grado de perfeccion de la vida cristiana: no es estraño segun esto que con tanta ansia solicitase la vuelta de su director: hizo que le escribiesen cuantas personas de autoridad podian obligarle, y hasta el Cardenal de Retz su cuñado, que era entonces obispo de Paris, llegó á escribirle; mas todo fué en vano, porque Vicente tenia un ánimo libre de consideraciones y respetos humanos, y cuando conocia que el servicio divino podia sufrir algun detrimento, sabia negarse con resolucion al empeño mas poderoso, pues nunca puede ser desatento para con los hombres el que trata siempre de servir en primer lugar á Dios. No quedaba pues otra esperanza á la señora Gondí, mas que recurrir al P. Berulle, confesor de Vicente, para alcanzar por el mandato lo que no habia conseguido por el ruego: al efecto le manifestó eficaces razones, redobló las instancias y súplicas, y consiguió por fin que dicho P. Berulle escribiese á Vicente; hízolo así, rogándole con gran moderacion que viniese, y manifestándole cuánto se necesitaba su presencia en la casa de la señora, dejando siempre á su eleccion el tomar la resolucion que mejor le pareciese. Fueron enviadas estas cartas con el Sr. de Freme, grande amigo suyo, para obligarlo mas con su presencia á que volviese. Comenzó el siervo de Dios, viendo lo que le escribia su director, á dudar cuál fuese la voluntad divina en materia tan confusa, y no queriendo resolverse por sí solo, fué á Leon á comunicar este negocio al P. Bence, Superior del Oratorio, dispuesto á hacer lo que le aconsejase. La opinion de este fué, que partiese luego á Paris é hiciese allí lo que el P. Berulle dispusiera, puesto que estaba informado del estado de su alma, y mejor que nadie sabia lo que á Vicente convenia. Siguió este dictámen el siervo de Dios y dispuso su viage; pero antes de par-